

presentar nuestro segundo número con una notable mejoría en su material gráfico y de lecturas viéndonos así mismo precisados a aumentar número de páginas y en el actual nos cabe el honor de contar entre nuestra redacción la brillante y galana pluma del conocido periodista y crítico de arte Sr. N. Yáñez Silva, cuya primera colaboración en *Chile Cinematográfico* la encontrarán nuestros lectores en la sección «Al reflejo de la Pantalla».

No se ocultará a nuestros favorecedores la importancia que para nuestra Revista constituye la colaboración de un escritor de la talla del Sr. Yáñez Silva, ventajosamente conocido en el mundo de las letras como un autor de exquisito estilo que maneja la frase con esa soltura y sencillez que convence, que nos habla de cerca y que después de leerlo encontramos no al escritor que nos ha hecho gozar con la riqueza de su literatura elegante, sino a un amigo, a un confidente con quien ansiamos intimar.

JOTAPÉ.



Al reflejo de la pantalla

Escribir sobre cines—como dicen en España—parece que no tuviera interés. Se cree que es un tema gastado, que todo ya se ha dicho y explotado, y que lo que queda solo hoy día por decir, lo declaran a diario esas monumentales creaciones que se llaman: «Quo vadis», «El Enigma de la Riviera», etc.

Por hoy, no haré mi debut en estas crónicas—para las cuales cuento con la benevolencia del público—escribiendo sobre los últimos temas del cinematógrafo, sino que me dedicaré a hacer recuerdos de las primeras películas y de las primeras impresiones que aquéllas produjeron en Santiago.

Recuerdo perfectamente mi primera sensación, mi grito de entusiasmo nacido al reflejo de la pantalla blanca, de esa sábana

misteriosa por cuya superficie cruza un mundo que nos trasporta a paisajes desconocidos.

Antes que nada contaré cual fué mi primer indicio que tuve de este soberbio descubrimiento. Hace de esto muchos años. Estaba yo en un almacén de música, que hoy no existe en Santiago, y me dijo un empleado:

—¿Quiere Ud. ver una cosa interesante? y me pasó un cuadernillo de bolsillo como para apuntes, de hojas fuertes, en cada una de las cuales había figuras de hombres que se ejercitaban en el box. Estas hojas al ser pasadas rápidamente, daban de todas esa sucesión de cuadros, una sensación de movimientos y podíamos admirar que aquellos dos boxeadores se pegaban, caían, se levantaban, volvían a caer nuevamente, para terminar con un golpe de efecto final.

—¿Quiere ver ahora—me dijo el mismo empleado—otra cosa más interesante aún?

—¿Cómo se llama?

—«Le coucher de la parisienne».

Era algo más picaresco, pero del mismo sistema que el anterior; es decir una sucesión de cuadros que al ser pasados rápidamente, daban sensación de movimiento.

Esos cuadernillos me dejaron pensando; confieso que no por el título sugestivo de uno de ellos—pero jamás pude imaginarme que esos monos del librito eran el primer paso de un descubrimiento gigantesco, que vendría a servir a la ciencia, al arte, a la amenidad del público y que el único factor afectado con él sería el teatro.

Pasó algún tiempo. Ví entonces anunciada la primera exhibición de biógrafo en el teatro Santiago, hará de esto más de catorce años—siendo empresario el señor Casajuana—según creo. El teatro estaba lleno. ¡Qué espectáculo tan grande había en todos los que estábamos en la sala! De improviso, vemos cruzar una sombra fugaz por la pantalla, y luego, nada. Otra sombra y nada tampoco. Se arreglaba la máquina, parecía que el ope-

rador experimentaba la misma sensación de inquietud que nosotros. De improviso, vemos un pedazo de mar, con todo su movimiento, y vuelta la pantalla a quedar en blanco. Pero ya aquel trozo apenas entrevisto, había sido lo suficiente para que saliera de todas las bocas un ¡Oh! de admiración, de sorpresa, tal como si muchos se hubieran sentido mojados por las espumas de las olas.

Por fin, la película empieza a dar vueltas en el tambor con regularidad. Aquellas ¡Oh! de admiración, se renovaban a cada choque de olas. Nadie en esos momentos se imaginaba que eso que veíamos era ficción. Si era verdad que toda la marina estaba envuelta en luz pálida fotográfica, en luz difusa, sin embargo, creíamos que aquello era un pedazo de mar visto a la claridad del alba con esa luz tenue que entristece cuanto besa, con ese color único y melancólico que tiene el reflejo de la pantalla del biógrafo, en cuya penumbra tantos flirts han tenido su principio y tantos matrimonios su primer capítulo.

El público salió encantado aquella noche. ¡Qué sorprendente, qué maravilloso! se decía, y en todos los semblantes se reflejaba la satisfacción de haber empleado bien el dinero de la entrada, y es de advertir que la entrada de aquellas primeras exhibiciones biográficas costaban cuatro veces más que lo que hoy vale ver dos o más películas de enorme metraje.

El biógrafo estaba lanzado con un enorme éxito. No muy lejos de esa exhibición, una compañía de jénero chico echaba a volar las notas de «La Revoltosa», aquel inspirado dúo de Chapí: «La de los claveles dobles», sin soñar siquiera que al lado se estaban fraguando, sino la muerte de «esos claveles dobles», por lo menos la causa de una larga enfermedad de la cual sería difícil librarse.

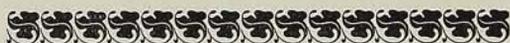
No había duda alguna que el espectáculo nuevo tenía un interés y una fuerza de sen-

sación enormes. Se estaba acostumbrado al teatro, a que los personajes se movieran dentro de un reducido espacio llamado escenario, y de improviso se traía a ese reducido espacio nada menos que al océano con sus vientos, sus tempestades y sus caprichos.

Para mí el encanto principal del biógrafo ha consistido siempre en la sucesión de pasajes de escenas y sobre todo de paisajes. Lástima grande es que con el tiempo agotándose los temas antiguos, el cine ha invadido el teatro y la composición fastidiosa y postiza han entrado a campear con telones, con decoraciones de cartón que son fáciles de reconocer.

Al público le encanta la variedad y de ahí el triunfo colosal del cine, de ahí que millones de ojos estén pendientes noche a noche del reflejo de la pantalla mágica, por cuya pálida superficie desfilan visiones lejanas que hemos soñado.

N. YÁÑEZ SILVA



LUISA OLIVÁN

Bellísima artista de cinematógrafo